

XVI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A.

Las semillas de Dios

Estamos viviendo la “cultura” de lo pequeño. Los micro chips son los que generan las grandes tecnologías. La ciencia se recrea en los laboratorios. Y en el alma humana se entretejen los afectos y sentimientos más hondos, los rencores más destructivos. La mirada lee en el corazón la intensidad del amor, la fuerza irresistible de un piropo, la cobardía siniestra de un desprecio. Todo en miniatura con la fuerza de lo pequeño.

Dios trabaja con lo simple, sencillo, mínimo. Solo siembra semillas. Y deja el resto a la fecundidad de la Madre tierra, a la iniciativa humana, a la creatividad del ser viviente. Su ritmo es la paciencia, su política es la misericordia, su diplomacia la compasión. Y todo lo inscribe dentro de la “dulce esperanza”. Sabe combinar sus semillas con nuestros deseos superándolos, purificándolos, sanándolos.

Su Proyecto salvador, es decir, su Reino se genera y fecunda en lo pequeño. En esas semillas primordiales está todo lo que es justo, verdadero, bueno. Pero Él permite que la malicia humana intervenga en este proceso recreativo y junto con las semillas de Dios, el ser humano riega también la simiente del mal que conjuga en su identidad todo el egoísmo y los “subproductos” más nefastos de la miseria humana.

Esas dos semillas nacen juntas, crecen juntas, maduran juntas cada una dando su propio fruto. El problema es la cosecha. Es el momento de la separación. Los frutos de la ‘cizaña’, así llama el Evangelio a aquello que sembró el “enemigo”, se queman, son pasajeros, ostentosos, llevan el sello de la soberbia, de la injusticia, de la mezquindad. Los frutos de la semilla de Dios son pequeños, a veces invisibles, pero amorosos, memoriosos.

Cochabamba 23.07.23.

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com